

# **DISCURSO DE ANDRÉS CALECA EN EL ACTO INAUGURAL DE LA FUNDACIÓN PARA EL DESARROLLO DE CIUDADANÍA DEMOCRÁTICA (DECIDE)**

Caracas, 21 de agosto 2021

Amigas, amigos, bienvenidos a este encuentro y a este sueño. Mi reconocimiento muy especial a quienes vinieron desde el interior del país en estas circunstancias tan difíciles para la movilidad, sabemos lo que eso significa; varios no pudieron hacerlo desde el Zulia, desde Mérida, desde Trujillo; y también quiero mencionar a los que están en el exterior, que forman parte de la diáspora, pero que están aquí con nosotros, pendientes de lo que discutamos hoy y de los siguientes pasos que de ello se deriven.

Quiero hacer una mención especialísima a la presencia en este encuentro, de este caballero, de esta gloria del deporte venezolano, ejemplo e inspiración de tantos atletas, quien nos acompaña hoy con el entusiasmo del primer día: nuestro querido y respetado John Muñoz. Gracias por acompañarnos, John, no tienes idea de cuánto nos motivas.

Nos reunimos hoy en Caracas, para dar inicio formal a la Fundación para el Desarrollo de Ciudadanía Democrática (DECIDE), un instrumento para la participación, que ponemos a disposición de todos los que no están dispuestos a rendirse ante el panorama terrible de esta larga noche de 20 años, donde el oprobio se ha consolidado sobre las ruinas de la República.

Una alianza anti natura ha confiscado el poder para desgracia de Venezuela: una alianza entre los rezagos de la izquierda stalinista, atrasada, totalitaria, derrotada y en extinción en casi todo el planeta, pero que en nuestro país hemos tenido el infortunio de sufrir en su peor versión: represiva, antidemocrática, arbitraria y fanática como en todas partes; pero

el nuestro, este stalinismo en alpargatas que tenemos en Venezuela, es un marxismo esotérico, un leninismo sin electrificación, un stalinismo sin industrialización, unos bolcheviques corruptos y ladrones.

Aliados, esa camarilla, con el militarismo secular incubado en el tejido nacional desde el inicio mismo de la República. Ese militarismo que nace con los fueros especiales concebidos para reconocer a quienes lucharon por nuestra independencia, a los prohombres del Ejército Libertador, la única institución que quedó en pie después de la destrucción que significó la terrible guerra de Bolívar, y que se reparten tierras, negocios y gobierno de aquel descampado sangriento que luego convirtieron en república independiente de Colombia. Ese Ejército Libertador desaparece como tal por efecto del tiempo y por su dispersión en pequeñas tropas particulares de cada caudillo; pero no desaparecen los fueros, una especie de derecho de pernada de los hombres de armas sobre la Patria. Gómez crea la institución militar “moderna”, que derrota a los caudillos y se consolida hasta hoy, pero la crea a su imagen y semejanza: un cuerpo pretoriano para defender al dictador y sus intereses, donde la soberanía, el patriotismo, la defensa del país, de su patrimonio y de sus gentes, es una retórica irreal que esconde intereses de poder militarista que perviven hasta hoy. Por supuesto que ha habido, y hay todavía, militares institucionales con una hoja de vida impecable, algunos languideciendo en las cárceles de la tiranía, pero el dominio del militarismo ha sido evidente; hoy más que nunca, convertido en “guard de corps”, guardaespaldas, de la caterva de Miraflores.

Y para espasmo del mundo, el tercer componente de la coalición de poder, es esa especie de lumpen posmoderno que son las bandas criminales, pranes de las cárceles, narcotraficantes, garimpeiros y grupos guerrilleros colombianos, entre otros, cuyo poder territorial se extiende a los largo de todas nuestras fronteras, las que hoy, por cierto, son más porosas que nunca en la historia y cuya acción alcanza regiones enteras como

Guayana, o bolsones impenetrables como zonas de los estados centrales y hasta en las grandes ciudades.

Coludidos todos en la mayor operación de derribo y despojo de una nación que haya conocido nuestro continente. Una especie de bonapartismo, pero como comedia de aquella tragedia que asoló a la Francia parlamentaria del siglo XIX.

Los resultados de la acción depredadora, están a la vista y los sufrimos y padecemos todos, mas no por ello debemos dejar de enumerarlos. En la esencia del desastre, está la perversa operación de destrucción de nuestro experimento democrático; esa democracia centralizada de partidos, esa república civil que intentó construirse por primera vez en nuestra historia a mediados del siglo pasado; entre trancas y barrancas, es cierto, como todos los procesos humanos, pero que deparó la época de mayor prosperidad de nuestra historia, esa es la verdad. Hoy, esa institucionalidad incipiente, ha desaparecido: los partidos políticos que le servían de soporte, en una debacle indetenible; los poderes públicos convertidos en mamotretos inservibles: un ejecutivo que no tiene control de la hacienda pública, ni del territorio, ni de la soberanía nacional, con un país invadido por fuerzas extranjeras como nunca antes desde el nacimiento de la república, sometido a los designios y los intereses de las grandes potencias; un parlamento que ni legisla, ni controla y ni siquiera parlamenta; un poder judicial de los peores de la historia, en cuya cúspide se encuentra un personaje impresentable; la institución del sufragio vaciada de cualquier contenido y capacidad de transformación de la realidad; unos poderes regionales y municipales quebrados, inservibles, son caparazones vacíos, como lo saben sobre todo quienes viven en el interior del país. El reino de la arbitrariedad, de la indefensión del ciudadano y de los bienes de la república, en medio de una corrupción generalizada como no habíamos visto nunca, que hace palidecer a todos

los nefastos personajes de nuestra historia, donde un Pérez Jiménez, un Guzmán Blanco, un Gómez, parecen niños de pecho al lado de esta gente.

Sobre esa base, y no podía ser de otra manera, el desastre: la nación arruinada. La infraestructura física literalmente destruida: carreteras, autopistas, vías de penetración rural tragadas por la maleza; puertos, aeropuertos, avenidas y calles de los centros poblados, todo, en el peor estado que jamás hayamos conocido, retrotraen el nivel del transporte 100 años atrás, a la Venezuela incomunicada de inicios del siglo pasado. La electrificación del país y el sistema de servido de las aguas, en estado gomecista. El sistema de salud en colapso total; no solo la seguridad social, la cual es cierto que nunca logró consolidarse, o la red de grandes hospitales, sino la virtual desaparición de todo el sistema de dispensarios y centros de atención primaria, hasta los CDI y los módulos de Barrio Adentro que ellos mismos crearon, incluyendo toda la red privada; hoy son miles los que mueren de mengua en sus casas o a las puertas de los hospitales.

La economía, en una contracción propia de una guerra devastadora, pero sin que aquí se haya producido ni una batalla. La industria, la agricultura, el comercio, la banca, los medios de pago y la moneda, el salario, las pensiones; todo destruido, aún y sobre todo, las empresas que ellos expropiaron o las que ya tenía el estado venezolano, incluyendo PDVSA. Y por si fuera poco, como telón de fondo de toda esta tragedia, el ecocidio de los sistemas más frágiles de Guayana; un ecocidio que tardará no menos de un siglo en recuperarse.

La educación y el deporte, soportes esenciales del futuro próspero y digno de cada individuo, de cada familia y de la sociedad, abandonados en todos sus niveles, una verdadera catástrofe imposible de soslayar por sus implicaciones en el mediano y el largo plazo. Amén del rezago científico y

tecnológico que no tardará en ubicarnos en el subsuelo de las tablas que miden el desarrollo de los países del mundo.

Este cuadro desolador, por supuesto que tiene un efecto terrible sobre el hombre y la sociedad. Millones de nuestros compatriotas están devastados, postrados por el hambre, el desempleo, la pobreza, la insalubridad. Por primera vez en 100 años, tres generaciones de venezolanos, sucesivas, viven en peores condiciones que la generación precedente. Sin futuro, los más jóvenes abandonan la patria en el mayor éxodo de nuestra historia; los otros, en la indefensión, la desesperanza, la anomia.

Ahora bien, queridos amigos, ante esta crisis general, ante este panorama desolador, nosotros no podemos ser indiferentes ¡no! Nosotros queremos insurgir, rebelarnos, pelear, luchar, como todos los que estamos aquí hemos hecho toda la vida. Contribuir en lo que podamos y como podamos, donde seamos más útiles y efectivos, en la enorme tarea, en el gigantesco esfuerzo de impedir que el totalitarismo se entronice definitivamente, o que el país estalle en mil pedazos.

No todo está perdido, ni todos los caminos cerrados. Sobre todo, porque esa claqué, esa tríada gobernante que describimos antes, guarda en su seno contradicciones que a la postre serán insalvables: ¿Hasta cuándo puedes gobernar con criminales? ¿Hasta dónde puedes sobrevivir las tensiones internacionales del conflicto entre las grandes potencias y tú, en el medio, dando bandazos como un pelele? ¿Hasta cuándo están dispuestos a pagar los militares el costo de servir de soporte a esta manga de vagos y ladrones incompetentes? ¿Hasta qué momento se podrá sostener la narrativa chavista? La tensión aumenta y más temprano que tarde se hará insostenible.

Pero nosotros no podemos ser solo espectadores de este drama y su desarrollo, esperando en la inercia que algo pase. Podemos y debemos ser actores, porque tenemos experiencia, tenemos entusiasmo, intuimos sendas que podemos abrir y transitar, y por eso hoy formulamos esta propuesta de la Fundación DECIDE, abierta a todos los sectores, a todos los venezolanos que entiendan con nosotros que la derrota del autoritarismo es indispensable para garantizar el futuro de la nación, no hay paños calientes; y que la democracia, el retorno al camino de la democracia, pero no de la democracia imperfecta que intentó construirse y cuyas limitaciones e imperfecciones los que estamos aquí denunciamos y combatimos en su momento; sino una democracia plena, moderna, esa es la única posibilidad de enderezar los entuertos y recuperar el futuro.

La democracia moderna sobre la cual se asentará el renacer de la nación: La libertad creadora del ciudadano, la libertad societaria, política, de conciencia. La libertad económica. La igualdad de todos los hombres ante la ley, el imperio del Estado de Derecho. La posibilidad de elegir y cambiar el gobierno del Estado; la independencia de poderes y el coto a los límites de todo poder. La política como instrumento de consenso, pero también de la canalización útil del disenso. La voluntad de la mayoría, pero también el respeto absoluto de la minoría, del distinto, del diverso. Una democracia que se sustente, principalmente, en la reverencia absoluta ante de la dignidad del hombre.

La Fundación nace con esa indoblegable vocación democrática y para contribuir, como ciudadanos, en la ingente tarea de su recuperación, que será también la recuperación del país. El trabajo que tenemos por delante es muy grande y multidireccional, a pesar de los límites evidentes de una organización como esta, que no es un partido político y en consecuencia no tiene entre sus fines la conquista del poder del estado.

Hay mucho que hacer. Lo primero, y quizás lo más importante en esta tarea autoimpuesta de desarrollar ciudadanía, es la tarea de hacer pedagogía de la democracia. Adelantar todo un programa de trabajo de difusión del ideal democrático, de su contenido, de sus formas, de su significación en la sociedad del siglo XXI. Para ello, la Fundación tendrá que promover el estudio comparado de la experiencia democrática del mundo; pero también, por supuesto, de la nuestra, de su historia, de sus aciertos y las razones de su fracaso, para poder proponer un modelo, una aspiración de la sociedad democrática a la venezolana que debemos ir construyendo.

Para ello, es indispensable el estudio y conocimiento del país que nos va quedando después de estas dos décadas de distopía chavista, agravada por la realidad universal de la pandemia. Venezuela ya no es lo que era antes del chavismo, ni siquiera lo que era antes de la pandemia. ¿Qué país somos hoy? ¿Cuál es el entramado de relaciones sociales predominantes, de qué tipo, cuál su alcance y diversidad? ¿Cuáles serán los actores sociales del cambio, cuando hay una crisis estructural de partidos, gremios, sindicatos y todas las organizaciones societarias tradicionales? ¿Qué tipo de economía es esta economía de bodegones, lavado de dinero, bacheo, ilegalmente dolarizada? Entre muchos otros objetos de estudio.

Pero ojo, son cosas que debemos estudiar y promover que se estudien, no para el regodeo intelectual o para descubrir cómo movernos y sobrevivir en esa nueva realidad; sino para cambiarla, **para contribuir desde nuestro espacio en la formulación de estrategias y tácticas útiles para derrocar a la autocracia**; para ser parte de ese *intelectual colectivo* que es imprescindible construir para dotar a la praxis política, de una teoría que la enmarque, que la dirija, que la haga dar un salto cualitativo, desde una lucha reivindicativa, económica, de revancha frente a la injusticia y los atropellos, a una lucha política capaz de conquistar el poder.

Debemos ayudar a diseñar y proponer una alternativa, una misión, una visión del futuro plausible, creíble, que pueda motivar a la sociedad, sobre todo a nuestros jóvenes, y hacerles partícipes del entusiasmo por conquistar el futuro que ahora parece esquivo.

Ello requiere, de nuestra parte, como soporte de todo este esfuerzo, contactar a todos los sectores, especialmente a los jóvenes, para oírlos, detectar cuáles son sus limitaciones y sus expectativas, sus realidades y sus sueños. Porque debemos enseñar aprendiendo, como nos lo dijo siempre el maestro Prieto.

Tenemos un enemigo formidable frente a nosotros. Una estructura represiva, de coacción, de chantaje sin ningún escrúpulo para usar todo mecanismo, aún el crimen, para mantenerse eternamente en el poder. Pero tenemos también, una mayoría aplastante que los rechaza; una mayoría descontenta que hay que convertir en mayoría política capaz de protagonizar una indetenible rebelión civil, frente a la cual las bayonetas no sirvan absolutamente para nada. Con la fuerza inconmensurable de nuestra palabra bien dicha, bien pensada, aguda y lacerante, podemos hacer nuestra contribución a Venezuela.

Termino estas palabras, citando las de un venezolano excepcional, Alberto Adriani, quien las pronunció hace casi 100 años:

“Cada cual cumple con su patria como le resulta posible. Lo importante es que hagamos bien, sin pereza y con fe, las cosas que se nos encomiendan... [Porque] es preferible morir pronto en medio del combate por un ideal que valga la pena, y no alcanzar una vejez inocua y embalsamada”.



Amigos, está en nuestras manos. Adelante.

Bienvenidos y muchas gracias.

**Andrés Caleca**

**Caracas, 21 de agosto 2021**